

-.1970 UVA VEO, UVA QUIERO.-

¡Nico bájate de ahí, que viene Don Antonio! Subido a una escalera de madera está el niño, con una pierna en el último escalón y la otra pendulante; encaramado, intenta agarrar, uno de los racimos de uvas, que cuelgan de la parra, que hay en la casa parroquial. Los jueves, un grupo de zagales de ocho años acuden a este lugar; pertenecen a la banda de música infantil local.

Don Antonio, Párroco, maestro y profesor de música; pequeña estatura, kilos de más y amplia sotana; carismático y exigente religioso.

Entre cornetas y tambores, Nico, pelo negro ensortijado, ojos azules y sonrisa fresca, distrae su atención; no sólo la música forma parte de su agenda semanal, como niño tiene sus inquietudes; su inocencia le hace ver la vida como lo que es, un niño. Semana tras semana ve las uvas engordar y su deseo es probarlas. Su visión pueril no contempla que estas uvas estén destinadas a otro fin, servir de mosto para las misas. Es "la vitis vinifera" lo que persigue el chaval desde que vio por primera vez esta hermosa parra; podría decirse que era una tentación irresistible, los parejos racimos de un verde brillante estaban en su mayor apogeo, para el pequeñajo se habían convertido en su mayor distracción; el chico no conoce el fin de estas uvas; no sabe si se convertirán en mosto, vinagre ó de postre en las comidas; lo desconoce. Él ha visto las jugosas semillas y con determinación se ha propuesto catarlas, no le importa el tiempo que le lleve, ni que Lola, la cocinera de Don Antonio, haya dicho en numerosas ocasiones, que las uvas ni tocarlas, casi le ha faltado ponerlas bajo llave por el celo con el que las vigilan.

Nico cae de la escalera en su empeño por cogerlas; magullado y sucio, de la oreja derecha es llevado. "Este niño es un vándalo" dice enfurecido el cura a sus padres. Eran otros tiempos, Don Antonio era toda una autoridad, no tenía ninguna empatía con los chiquillos, no explicó nunca la finalidad de la fruta; chillón y autoritario, si hubiese explicado que el zumo de estas uvas sería empleado en la Santa Misa, todos los niños hubieran colaborado en el proceso, habrían aprendido con su cultivo y cuidados. Para el pequeño lo prohibido se convirtió en misión factible y de ahí a recolectarlas, un paso. ¡ cuántos días observó la uvas! ¡ el ruido de las moscas en torno a la parra ! Por un momento fue el héroe del salón parroquial; tuvo la osadía de tocarlas, que sólo los insectos eran capaces de acercarse. Este tierno bajito, de corazón inocente, sin maldad alguna, hizo frente por un día a la prohibición adulta de no tocar bajo ningún concepto, sólo ver y no palpar.

En la cama, Nico acaricia en su mano el trofeo más ansiado, una uva estrujada , consiguió lo que tanto anhelaba, sólo ansiaba tocar la fruta prohibida y escuchar de fondo los gritos de Doña Lola y Don Antonio; sólo era un niño travieso e inocente. Nico quería divertirse; la inocencia en estado puro.

Han pasado los años y Nico ya no es un niño, es un adulto; ríe recordando el pasado. Sabe ahora que la fruta maduró y su curiosidad también. Que el sacerdote reprendió con aspereza la actitud de

un chiquillo, pero aquello le sirvió para valorar, que la madurez es un grado y que las cosas buenas se hacen esperar.

CASILDA MANILA